

## III

¿Cómo, por qué de pronto aquella tarde, tan fuera de estación, pudo abrirse en un vaso, sobre el viejo polvoriento macetero de madera dorada, junto a la ventana, aquella magnífica rosa encarnada, que desbordaba su alegre frescura violenta entre las livideces de aquella salita de cuarto amueblado, con su tapicería pardusca, arañada y descolorida de unos muebles antiguos, roñosos del uso y derrenegados?

A otro lado, en la alcoba contigua, la señora Lucieta estaba diciéndose a sí misma que no, que no iría al baile; y mecía—¡aoh!—, sobre sus rodillas a su angelito rubio, vestido de negro—¡aoh!, ¡aoh!—, a aquel pequeñín suyo, tan amado, que quería todas las noches quedarse dormido en los brazos de ella. El otro, el mayor, desnudado por la vieja criada taciturna, se había acostado por sí, con gentil continente, en su camita, y... ¿sí? Sí, sí, ¡qué encanto!, ya dormía. Pero volvía la señora Lucieta a decirse a sí misma que no, que no, que no; y sin embargo, miradla, con la mayor ligereza de mano posible, comenzaba ahora a desnudar a su pequeñín, dormido ya también él, allí en el regazo de ella; quedo, quedito las botitas, una y dos; quedo, quedito los calceti-

nes, uno y dos; y fuera ahora los pantalones junto con los calzoncillos... y ahora, ¡ahl, ahora, vedla, venía lo difícil: sacarle los bra-citos de las mangas del jubón con la cazadora: arriba, quedo, quedo, con ayuda de la criada... así no, por este lado... sí, abajo... quedo... quedo, ¡ya está! Y ahora, por esta otra parte...

—No, amor mío... Sí, aquí... aquí... con tu mamaíta... y tu mamaíta aquí... Deje usted, que yo lo haré. Desdoble usted las mantas, mejor... sí, eso es... Poco a poco...

Pero, ¿por qué, pues, tan despacio? ¿Para qué, si verdaderamente no, no quería ir?

¿Y cómo, vestida así de negro por el luto de aquel marido, cómo ir, ahora, al año apenas de la muerte trágica, a un salón de baile? ¡Sí, es verdad, sí, aquel hombre, la había hecho suya a los quince años, sin darle siquiera tiempo a que se alegrase jugando con las muñecas! La había quitado este hombre las muñecas y en su lugar le había puesto en sus manos aquellos dos niños, para que siguiera con ellos jugando, pero a costa de tantos dolores, y ahora... ahora... ¡Pero sí, Dios mío, sí, perdón... bailar, bailar: tenía unos grandes deseos! ¡Aquella noche quería bailar!

Vuelta de la alcoba a la salita—¡oh, maravilla!—cómo abierta al impulso de su ardiente deseo de alegría, ved aquella rosa, aquella magnífica rosa encarnada, allí, sobre el viejo macetero polvoriento de madera do-

rada. ¿Cómo y por dónde había venido? En tantos días como ella estaba allí no se había ni aún enterado de que junto a la ventana hubiese un macetero de rosas.

¡Qué hermosa era! ¡Cómo refa! ¡Y tan fuera de estación! ¿Era posible que no se hubiese abierto para ella la rosa aquella noche y para aquella fiesta?

A la vista de la flor, tan viva, tan encendida, tan fresca, desapareció todo, como por encanto. Libre de la perplejidad que hasta ahora la había embargado, del horror al espectro del marido, del pensamiento de los hijos, corrió, la arrancó del tallo e instintivamente, presentándose delante del espejo de la consola, se la acercó a la cabeza.

¡Sí, allí! No tenía otro vestido que ponerse. ¡Pues bien: no hacía falta! Llevaría a la fiesta sus veinte años, aquella rosa entre los cabellos y su alegría vestida de negro...

—¡Andando!

#### IV

Fué la embriaguez, fué el delirio, fué la locura.

A su primera aparición, cuando ya casi todos habían perdido la esperanza de que viniese, las tres melancólicas salas de aquel piso bajo del Círculo, divididas por dos anchas

arcadas, mezquinamente iluminadas por lámparas de petróleo y bujías, pareció que de pronto relumbraban de luces; tantas había encendido su carita casi febril y atormentada por el hervor interno de la sangre, y tan fúlgidamente le centelleaban los ojos, y tan loca de alegría le estallaba aquella rosa de fuego entre los cabellos negros.

Todos los hombres perdieron la cabeza. Irresistiblemente, olvidados de todo freno de conveniencias, de todo miramiento a los celos de las esposas o de las novias, a la envidia de las solteronas, hijas, hermanas y primas, bajo pretexto de que era preciso acoger con complacencia a la forastera, corrieron hacia ella en tumulto, con vivas exclamaciones, a cumplimentarla. Y había de ser, en el acto, porque ya los bailes habían comenzado; y sin darle ni aún tiempo de echar una mirada alrededor, comenzaron a disputársela entre sí. Quince, veinte brazos se le ofrecieron con el codo tendido. Todos aceptables; pero, ¿cuál primero? A uno por vuelta, sí... Bailaría un poco cada vez con cada uno... ¡Ea, fuera, fuera! ¡A bailar! Pero, ¿y la música? ¿Qué hacían aquellos músicos? ¿Se habrían también ellos quedado tontos mirando? ¡Música, música!

Y, al fin, entre aplausos, héla ya bailando la primera danza con el viejo alcalde y presidente del Círculo, en traje de levita.

—¡Bravo! ¡Bravo!

—¡Qué caderas, mirad!

—Y las faldas... mirad aquellas faldas cómo se abren y descubren los limpios bajos!

—¡Bravo! ¡Bravo!

—¡Oh, Dios, la guedeja! ¡La guedeja del cosmético... que se le despegal

—¡Ahora, basta! ¡Basta ya!

—Qué ¿la lleva a que se siente? Pero, ¡cal! Otros quince, veinte brazos con el codo tendido.

—¡Conmigo! ¡Conmigo! ¡Conmigo!

—¡Basta! ¡Paciencia!

—¡Un momento! ¡Un momento!

—¡Me lo ha concedido a mí!

—¡A mí! ¡A mí!

¡Dios, que indecencia! ¡Dios, qué escándalo! Por milagro no se separaban a viva fuerza unos a otros. Los rechazados, en espera de que llegase su turno, se decidían a regañadientes a invitar a otra dama de las suyas; algunas, las más feas, aceptaban con enfado; las otras, indignadas, asqueadas, los rechazaban con un:

—¡Muchas gracias!—como escupido a la cara.

Y se cambiaban entre sí con ojos feroces miradas de asco; alguna hacía ademanes violentos de quererse ir; invitaba a esta y aquella amiga a que la siguiese: ¡vámonos todas!, ¡vámonos todas! ¡Qué vergüenza! ¡No se había visto nunca cosa semejante!

—¿Verdad que sí? ¿Verdad que sí?

Lo preguntaban algunas casi llorando, otras

temblando de rabia, furibundas, a algunos hombrecillos mezquinos, extenuados, con viejos trajes raídos, de corte antiguo, trajes en conserva, oliendo a pimienta y alcanfor, hombres que, como hojas secas, para no ser atropellados en el torbellino, estaban pegados a las paredes, defendidos entre las honestas sayas de seda, de colores los más chillones, verde, amarillo, rosa, celeste, que herméticamente, con gran consuelo para sus narices y para su conciencia, custodiaban, siempre rodeadas del tufo de las honradas arcas, los ásperos pudores de aquellas rubias gordas, de aquellas morenas apergaminadas.

El calor, poco a poco, en las tres salas se había hecho sofocante. Casi se difundía una niebla de los vapores de bestialidad de todos aquellos hombres, en los que ya hervía el frenesí: bestialidad jadeante, de pavo en celo, sudada, que, en las breves treguas de alucinación, se aprovechaba de aquel sudor para recomponerse, engomarse, pulirse, con ojos extraviados y manos trémulas, sobre la cabeza, sobre las sienes, sobre la nuca, los cabellos mojados y tiesos. Y se rebelaba, desde ahora, aquella bestialidad, con arrogancia inaudita a todo llamamiento de la razón: ¡venía una vez en el año aquella fiesta! ¡En el resto, nada de locuras! ¡Chitón y a su puesto las señoras!

Fresca, ligera, toda comprimida y encerrada en su alegría, que rechazaba risueña y ví-

brante todo contacto brutal, resbalando con escapadas imprevistas, para satisfacerse sola consigo misma, intacta y pura en aquel momento suyo de extravío, ágil llama voluble en medio de aquel negro fuego, de todos aquellos zoquetes congestionados, la señora Lucieta, dominado el vértigo, hecha ella misma vértigo, bailaba, bailaba, sin ver nada ya, sin distinguir ya a nadie; y los arcos de las tres salas, las luces, los muebles, las telas amarillas, verdes, rosa, celestes de las señoras, los trajes negros y las blancas aberturas de las camisas de los hombres, todo le daba ya vueltas alrededor en bandas vertiginosas. Se separaba, de un salto, de los brazos de un bailarín, apenas lo sentía cansado, pesado, jadeante, y rápida se arrojaba en otros brazos, los primeros que se le ponían al paso ofreciéndose, y pronto, pronto, para envolverse de nuevo en aquellas bandas vertiginosas, para hacer girar aún en torno, en frenética confusión, todas aquellas luces y todos aquellos colores.

Sentado en la última sala, en el fondo, pegado a la pared, en un rincón casi en sombra, con las manos sobre el puño del bastón y sobre las manos la barbilla y la espesa barba roja, Fausto Silvagni, cerca ya de dos horas, la seguía con sus ojos grandes, claros, animados de benigna sonrisa. Él sólo comprendía toda la pureza de aquel alegre gozo, y disfrutaba de él como de un raro, divino espectáculo; disfrutaba de él como si aquel danzar inocente fuese un dón, hecho a su ternura hacia ella.

¿Ternura nada más? ¿Todavía sólo ternura? ¿No le vibraba ya demasiado dentro, para ser todavía sólo ternura? ¡Quién sabe!

Desde años y años Fausto Silvagni, con aquellos ojos suyos, tan fijos y tristes, miraba como desde lejos todas las cosas; como ya pasado, lo presente; como remotas sombras evanescentes, los espectáculos cercanos; y así, puros, dentro de sí, sus pensamientos y sus sentimientos.

Fracasada, por adversidad de los sucesos, por gravosas obligaciones mezquinas, la vida de aquel hombre, apagadas en lo mejor de su vida las luces de tantos sueños que conservó encendidas desde niño con el fuego de toda su alma (sueños que ahora no podía volver a traer a su memoria sin daño y sin rubor), él huía de la realidad, en la cual se veía forzado a vivir. Por ella caminaba, si la veía en torno y la tocaba; pero ningún pensamiento suyo, ninguno de sus sentimientos lo grababan que se acomodase a ella; y aún se veía a sí mismo como lejano de sí, como perdido en un destierro angustioso.

Pero he aquí que, en este destierro, un sentimiento, por modo súbito, había venido a incorporársele; un sentimiento que él hubiera querido tener distante para no reconocerlo ahora. No hubiera querido reconocerlo, pero

LIBRERIA ALEJANDRINA  
PUBBLICAZIONE INTERNA

no se atrevía tampoco a rechazarlo; y he aquí que, poco a poco, este sentimiento se enseñoreaba de él, dominador.

¿No era, acaso, un vuelo de sus sueños lejanos, de aquellos sueños cuyo recuerdo era para él injuria y rubor, esta querida locuela, hada vestida de negro, con una rosa de fuego entre los cabellos? ¡Quién sabe! ¿Podían también ser sus mismos sueños, redivivos ahora en esta risueña hada, porque no habiendo él podido alcanzarlos antes bajo otra forma, se le metiesen ahora, vivos y suspirantes, entre los brazos?... ¡Quién sabe! ¿No podía detener esta hada, retenerla y volver para ella y con ella finalmente de su largo apartado destierro angustioso a la realidad? ¿Por qué no? Si él no la detenía, si él no la conservaba, ¡quién sabe a dónde y cómo hubiera ido a acabar aquella pobrecita, revoltosa hada!... Tenía necesidad de ayuda, tenía necesidad de guía y de consejo, desorientada como estaba, en un mundo extraño, y con aquella voluntad de no perderse, pero también, ¡ay!, de gozar... Aquella rosa lo decía, aquella rosa, allí, entre los cabellos...

¡Fausto Silvagni miraba desde hacía un rato, consternado, aquella rosa! No sabía por qué. Le parecía hermosa, pero le temía. La veía sobre aquella cabeza como una llama... ¡Se quemaba tanto aquella cabecita local! ¿Cómo no caía al suelo aquella rosa? Y bien,

¿temblaba por esto? No sabía decirlo y seguía mirándola consternado.

Dentro, entre tanto, bajo, bajito, el corazón le decía temblando:

—«Mañana, mañana o uno de estos días, hablaré... Ahora deja que ella dance de ese modo, como un hada enloquecida...»

Pero, desde ahora la mayor parte de los caballeros se caían a pedazos de cansancio; exhaustos, sin aliento, se declaraban vencidos, y se volvían alrededor, como borrachos, en busca de sus mujeres, que se habían ido a la calle. Sólo seis o siete resistían aún, excitados, y entre ellos, dos ancianos—¿quién lo hubiera creído?—, el viejo alcalde de levita y el notario viudo, ambos en un estado lamentable, con los ojos desorbitados, las caras sudorosas, abrasadas, embadurnadas de tinte, la corbata torcida, la camisa ajada, trágicos en aquel su furor senil: habían sido echados a un lado por la gente joven; y ahora, frenéticos, se rehacían, para caer uno tras otro como fardos sobre los sillones, apenas acabadas dos vueltas.

Llegaba el apretón final, la última danza: el galop de clausura.

Se les vió a los siete alrededor, encima de la señora Lucieta, agresivos, furibundos.

—¡Conmigo! ¡Conmigo! ¡Conmigo!

Se asustó. De repente se le presentó ante los ojos la bestial sobreexcitación de aquellos.

hombres; y ante el pensamiento de que ellos hubieran podido encenderse en deseos a causa de la inocente alegría de ella, experimentó asco, vergüenza. Quiso huír, sustraerse a aquella agresión; pero a su escapada de cervatilla, el peinado, ya un poco flojo, se le des hizo, y la rosa abajo, a tierra.

Fausto Silvagni se echó encima a mirar, como impulsado del presentimiento vago de un inminente peligro. Pero ya aquellos siete hombres se habían precipitado a recoger la rosa. Logró arrebatársela el viejo alcalde a costa de un tremendo rasguño en la mano.

—¡Hela aquí!—gritó, y corrió a presentársela a la señora Lucieta, retirada al fondo de la segunda sala para arreglar del mejor modo sus cabellos—. ¡Hela aquí...! ¡Pero no, qué gracioso! Ahora usted...—(no tenía ya alientos para hablar el viejo alcalde: la cabeza le bamboleaba)—... Ahora usted debe hacer la elección... ¡¡¡justo!!! debe ofrecerla, aquí, a uno...

—¡Bravo! ¡Bien! ¡Bravísimo!

—A uno... a su elección... ¡Bravísimo!

—¡Veamos! ¡Veamos!

—¿A quién la ofrece? ¡A su elección!

—¡El juicio de París!

—¡Silencio! ¡Veamos a quién la ofrece!

Indecisa, anhelante, con el brazo extendido y la bellísima rosa alta en la mano, la señora Lucieta miró aquellos siete hombres enloque-

cidos, como, volviéndose al sentirse acorralada, mira una res perseguida a sus agresores. Comprendió de súbito que querían a toda costa que ella se comprometiese.

—¿A uno? ¿A mi elección?—gritó de pronto, con un relámpago en los ojos—. Pues, bien, sí..., a uno la ofreceré... Pero, apartaos primero... ¡apartaos todos! No, más... más... eso, así... La ofreceré..., la ofreceré...

Asaetaba con la mirada ora a uno, ora a otro, como si estuviera dudosa de la elección; y desorientados y embobados, con las manos extendidas y en las caras, brutales y extraviadas, un gesto de súplica ridícula, aquellos siete pendían de la carita de ella, fulgurante ya de malicia, hasta que ella, de un bote, escapando entre los dos últimos a un descuido de ellos, tomó carrera hacia la primera sala. Había encontrado la salvación: ofrecer la rosa a uno de aquellos que se habían estado toda la velada quietos, mirando, sentados junto a la pared; a uno, cualquiera que fuese, el primero que llegase en dirección de la perseguida.

—¡Ya está aquí! La ofrezco aquí, a...

Se encontró delante de los grandes ojos claros de Fausto Silvagni. Palideció de repente; se quedó un momento como impedida, confusa, temblorosa, a la vista del semblante de él, palidísimo, descompuesto; se le escapó un grito ahogado: «¡Oh, Dios!...»; pero se repuso inmediatamente.

—Sí, por caridad... ¡Tómela, a usted, cójala pronto, señor Silvagni!

Fausto Silvagni cogió la rosa y se volvió, con sonrisa vaga, triste, a mirar a aquellos siete, que se habían precipitado junto a ella gritando, como obsesos:

—No, ¿qué tiene él que ver a aquí? ¿Cómo, a él? ¡A uno de nosotros! ¡Debía de ofrecerla a uno de nosotros! ¿A qué se mete él?

—¡No es verdad!—protestó la señora Lucietta, golpeando fieramente con un pie—. ¡Se ha dicho *a uno*, y basta! ¡Y yo la he ofrecido aquí, al señor Silvagni!

—¡Pero esta es una declaración de amor linda y buena!—gritaron entonces aquéllos.

—¿Por qué?—replicó la señora Lucietta, con la cara abrasada de indignación—. ¡Ah, señores míos! ¡Hubiera sido una declaración si la hubiera ofrecido a uno de ustedes! Pero, la he ofrecido aquí, al señor Silvagni, que no se ha movido en toda la velada, y que, además, no puede creerlo, ¿es verdad?, ¡no puede creerlo! ¡Y no pueden creerlo ninguno de ustedes!

—¡Pues sí, pues sí que lo creemos! ¡Lo creemos, por el contrario, muy mucho! ¡Lo creemos mucho más!—protestaron a coro los caballeros—. ¿Cómo no? ¿Por qué no? ¡Y precisamente a él! ¡Oh, oh, precisamente a él!

La señora Lucietta se sintió toda agitada por un despecho feroz. Ya aquello no era una chanza; la malignidad brotaba de aquellos

ojos, de aquellas bocas; estaba clara en sus guiños, en sus gruñidos la alusión a las visitas de Silvagni al telégrafo, a la bondad que él le había demostrado desde su llegada. Y aquella palidez, en tanto, aquella turbación de él, daban pábulo a las sospechas malignas. Pero, ¿cómo? ¿Era posible? Aquella palidez, aquella turbación... ¿Podía, acaso, creer también él que ella?... ¡No, no era posible! Pero, ¿por qué entonces? ¿Acaso porque lo creían los otros? ¡Pero en lugar de palidecer o turbarse de aquel modo, hubiera debido protestar! No protestaba; palidecía cada vez más, y un cruel sufrimiento se le transparentaba cada vez más en los ojos. ¿Por qué? ¿Es que acaso?... ¿Sería posible?

Sintió como un relámpago y un estallido imprevisto la señora Lucietta, a lo que siguió una interna ebullición borrascosa. Pero en aquel momento de angustiosa perplejidad, frente al desafío de aquellos siete impúdicos derrotados, que seguían chillándole en torno con mortificante furia:

—Justo, justo, ¿lo véis? ¡Lo dice ella, pero no lo dice él! ¡No lo dice!

—¿Cómo que no lo dice?—gritó ella, dejando prevalecer, entre la agitación y el choque de tan opuestos sentimientos en ella, el despecho.

Y haciendo frente a Silvagni, agitada de un temblor convulso, mirándole a los ojos, le preguntó:

—¿Puede usted creer en serio que al ofrecerle esta rosa he querido yo hacerle una declaración?

Fausto Silvagni permaneció un momento mirándola con aquella sonrisa triste renovada en sus labios.

¡Pobrecita hada, forzada por el ímpetu bestial de aquellos hombres a salir del círculo mágico de su pura alegría, de aquella inocente embriaguez, en la cual como una locuela se había aturdido! Y he aquí que ahora, a fin de defender del encarnizamiento de brutales apetitos de aquellos hombres la inocencia del don de aquella rosa, la inocencia de aquella su loca alegría de una noche, exigía de él la renuncia a un amor que hubiera durado toda la vida, una respuesta que valiese para ahora y siempre, la respuesta que marchitaría instantáneamente entre sus dedos aquella rosa.

Poniéndose en pie, y mirando con fría firmeza a aquellos hombres en los ojos, dijo:

—No sólo no puedo creerlo yo, sino que puede usted estar segura de que ya nadie lo creerá tampoco, señora. Aquí tiene usted la rosa; yo no puedo hacerlo; tírela usted.

La señora Lucieta cogió con mano no muy firme aquella rosa y la tiró en un rincón.

—Está muy bien, sí... gracias...—dijo con un suspiro, dándose, ya, cuenta de lo que con aquella rosa había tirado para siempre.

## CANDELARIA

BIBLIOTECA ALFONSO X  
MADRID